

# El destino a nin

Si matemáticamente se pudiera ajustar un pensamiento a la nube de puntos de nuestras opiniones sobre el teatro, lograríamos tener conciencia de la inmensa distancia que nos separa y al mismo tiempo nos une. Creo que desde el primer momento que un autor escribe un texto teatral se hace consciente de su infortunio. Impulsado por una fuerza interior y consciente de que su obra está llamada a salvar a la humanidad, tiene un instante de luminosidad que es imposible describir porque forma parte de su salvación. Si además has nacido en un país católico, se te complican mucho más las cosas, y si pasaste por una catequesis, o por el mero hecho de oír la cantidad de veces que una madre relaciona a Dios con el presente y el futuro, se complica todo más todavía, y si al mismo tiempo tu padre se caga habitualmente en ese mismo Dios, tus deseos de salvar a la humanidad te impulsan a ofrecerte como salvador de todo, aunque solo sea por oxigenar tus ideas.

Pronto, muy pronto, eres consciente de que has entrado en un laberinto muy extraño. Si lo llevas todo en secreto te pasas el día muy descontento de tu suerte, y si no lo llevas también, porque produces cierta rechifla en tus alrededores. Parto de la base de que a mí cuando en Extremadura solo se recordaba el teatro de Luis Chamizo, o el de Soriano Díaz, me tomaron por loco, pero loco en la máxima expresión de la palabra. Un tío mío, inmediatamente, me relacionó con Lorca, y prohibió a todos mis primos leer aquel cuadernillo que editó Yorick con *La gaviota y el mar*, que tenía uno de los accésits en que dividieron el Premio Nacional de Teatro Universitario de 1965. El otro accésit fue para el inolvidable Hermógenes Sainz, en una época en que estaba triunfando en TVE ( hoy lo hace Belén Esteban, un avance del Estado de derecho). En mi casa, mi pobre padre se entristeció muchísimo, pero no mi madre, que me llevaba en pantalón bombacho a ver *Doña Mariquita de mi corazón* y *Ven que te espero en El Cairo*. Era una mujer cuya salvación la tuvo asegurada de nacimiento, pues a

cualquier hora del día la oías cantar: «Hay que ver la ropa que hace un siglo llevaba la mujer», recordando constantemente a un padre periodista que había sido, durante una época anterior a la brutal guerra, cronista de sociedad del periódico familiar *El Orden*, un diario profundamente romántico que se estremecía ante los cambios que presagiaban universales, a los que mis tíos abuelos Emilio (inmensamente rico), Pepe, y Manuel, mi abuelo de verdad, asistían sobrecogidos. Imposible olvidar el poema de mi tío Pepe «La Huelga», donde una burguesía a la que no se dejó madurar ya advertía el futuro que nos esperaba, y que terminó como terminó. De ese rescoldo quedaron vivas mis tías Concha (esposa de Pepe) y Consuelito, dos sufragistas madrileñas que tras la Victoria se erigieron en Badajoz defensoras de la monarquía parlamentaria donjuanista, en una ciudad que celebraba con langostinos frescos la ocupación. Eran de ver aquellas dos ancianas, de cuello almidonado e impertinentes, la cara de talco, buzonear las casas más autoritarias con misivas entonces revolucionarias.

# guna parte

Por Manuel Martínez Mediero

rias que dejaban sobrecogida a mi abuela Camila. Su tema preferido y diario era Alfonso XIII, y el terror de Mateo Morral... Oh, aquel miriñaque de la Reina Victoria con los sesos de los caballos aplastados sobre las puntillas... Yo las adoraba porque encima había que ponerles un almohadón en el asiento por si estornudaban.

Recuerdo todo esto, con mis balbuceos autorales, porque Jesús Campos me hacía algunas consideraciones sobre la plétora autoral que en Extremadura está naciendo de una forma tan auténtica por sus raíces, casi por todos los pueblos, incluido Zalamea de la Serena y no sé si Puerto Urraco, que han arrojado de su lares al poeta Brines, autor de una versión de *El alcalde de Zalamea*, en beneficio del cronista oficial, que ha prometido no cobrar derechos jaleado por el diario *Hoy*, verdadero síndrome autonómico incurable, así como el talento de alguna moza del pueblo que ha inscrito a su vez, en la obra de Calderón, unas canciones no venales que han dejado impresionado al alcalde *pepero*, alma de la venganza antiautor contra Rodríguez Ibarra... O sea, un nuevo elemento a añadir al magma teatral de juventud divino tesoro y tercera edad a todo trapo donde no se reconoce la profesionalidad.

He aquí una palabra fundamental: la profesionalidad. ¿Qué es la profesionalidad en España? Hubo una época, por los años 60, en que la SGAE te hacía un examen de autor o de profesionalidad. Hoy ya sabemos que en Zalamea de la Serena eso está muy anticuado, porque la profesión de autor de teatro no está reconocida en este pueblo. Zalamea, gracias a Calderón, ha sido la primera en levantarse y, tras matar al capitán, asesinar al autor que mató al capitán. Hoy ya se sabe que Zalamea mata capitanes y se erige anti-Obama. Abajo Brines, abajo el profesional... Tampoco se entiende mucho si Brines es un profesional. Hace



escasos meses, me llamó mi hija desde Londres para preguntarme quién era mi representante. La profesión es desconocida. La autoría teatral está llena de electricistas, fontaneros, filósofos, enfermos de frenopático, economistas, contables y un largo etcétera... Algo sí está claro para mí: el teatro tiene propiedades curativas si te sabes administrar. La «locura» teatral tiene caminos inescrutables y desconocidos, dentro de la medicina preventiva. O sea, si a Rumsfeld, exsecretario de Estado de EE. UU. para la Guerra, se le hubiera ocurrido escribir una obra teatral sobre los abusos en las cárceles creadas por ellos en Irak, se hubiera curado. Juan Luis Galiardo, uno de los actores españoles de mayor prestigio, se curó gracias al teatro y hoy, en cada entrevista, te da un curso de psiquiatría superior a cualquier estudio de Jung, Freud, Reich, o Fedoroski... Todo esto dificulta la profesionalidad del dramaturgo porque el hombre de teatro tiene algo de depurativo propio, o tisana, y de mago de pueblo. Galiardo tenía la obsesión de su madre, pero su síndrome era el mismo que el del gallo

---

La «locura» teatral tiene caminos inescrutables y desconocidos, dentro de la medicina preventiva [...] el hombre de teatro tiene algo de depurativo propio, o tisana, y de mago de pueblo.

---

---

---

Meterte en la piel  
de un personaje te obliga  
a olvidarte de ti mismo,  
dejas de ser egoísta  
de tu yo.

---

---

de corral, o sea correr mozas..., que le acarrea el problema del pecado y de los padres, los hermanos, y las propias mozas, que a veces le paraban los pies... Pero gracias a todo esto Galiardo ha conseguido hacerse célebre como profesional... Una vida paralela es la de Alberto Closas. Hijo del último *conseller* de cultura de la Generalitat, tiene que huir de España con catorce años, con su hermano Jaime, de quince, y se embarcan en un barco de refugiados camino del cono sur. Ambos habían recibido una educación exquisita. Hablaba francés como un ilustrado, y años después lo demostró en París, representando con enorme éxito un vodevil, aunque tiene que volver a España obligado por su esposa de entonces. Jamás se lo perdonó. Cualquiera en esas circunstancias pensaría que Closas había nacido para ser actor. Y así fue, pero muy lejos del propio pensamiento del gran actor. El barco intenta desembarcar en Uruguay, pero la Armada alemana lo impide y termina por desembarcar en Argentina (no puedo precisar el puerto), donde Closas comienza una vida disparatada en la que cada noche dormir era una aventura increíble. Pero la vida le iba a encaminar por el teatro, tras ingresar en la escuela donde la Xirgu y su marido le obligan a destacar muy pronto. Su arrogante aspecto iba, a lo largo de su vida, a hacer todo lo demás. Su vuelta a España le lleva al cine con una película mítica: *La muerte de un ciclista*, pero su obsesión era la vida en su máxima expresión, el lujo, y apenas llegar se compra un Pegaso de color marrón, del que se hicieron media docena, automóvil de un aspecto impresionante, que Alberto mantuvo durante años en la puerta del Teatro de la Comedia, donde ejerció un magisterio a la fuerza. Su mayor ilusión era no volver al teatro al día siguiente. París, fue su sueño, pero ya he dicho que la mujer le obliga a volver, y así crea una bonita familia numerosa. Closas era capaz de todo. Hasta de crear una familia muy numerosa. Su personaje en *Largo camino hacia la noche*, de O'Neill, le lleva a la cima y le cambia de vida. Estaba muy cansado. Jamás le oías hablar de los demás actores. Tuve una entrañable relación con él, pero yo creo que era por mi mujer, Paki, a la que adoraba. Se

vino a mi casa con su última novia, la pintora Águeda de la Pisa, sesenta días antes de morir. Solo de vez en cuando me decía: «tenemos que hacer *Macbeth*». Pero el teatro lo hacía a la fuerza. ¿Por qué...? No es un caso único. A Fernán Gómez le pasaba algo parecido pero distinto... Fernán Gómez llega a huir literalmente, aunque se pasa a autor y a director de cine. En el teatro estrenaba compulsivamente a Juanjo Millán, lo que es un síntoma.

La profesionalidad es un tema poco tratado en el teatro. Los autores, no sé si con alguna excepción, no tenemos representantes. Somos como un reguero de hormigas, arriba y abajo y cada cual con su grano al hombro. Hubo una época en que se ridiculizaba al autor de teatro diciendo que todo español llevaba una obra de teatro debajo del brazo. Esa máxima se ha elevado hoy a su máxima potencia. Las decenas de premios existentes, y las subvenciones autonómicas, han actuado de efecto multiplicador en los autores. Y en los grupos más de lo mismo. En Extremadura hay hasta una escuela de teatro que es una especie de sanatorio de salud mental. Se ha pensado poco en las propiedades sanadoras del teatro, pero si el general Franco hubiera tenido la posibilidad de hacer por las academias por donde pasó, algún texto teatral, por elemental que fuese, no hubiera pensado como pensaba. Meterte en la piel de un personaje te obliga a olvidarte de ti mismo, dejas de ser egoísta de tu yo; si añadimos que el personaje que interpretas es «el malo», esto te obliga a desligarte de ti mismo para tratar de salvarlo. Al «malo» no se le trata igual ejerciéndolo en la vida que interpretándolo. De todos es conocido que se llegó a legislar contra los actores impidiéndoles enterrar en «sagrado». La Fornarina se moría a chorros por los camerinos y teatros de España, y cuando salía el público rugía gritándole: «¡esnúate!»...

Frente a esta situación ex corpore insulso, que sufre el teatro de la sociedad española durante siglos, viene a suceder otra, todavía más incomprensible, muy parecida a la del «aguacil aguacilado» de Garzón en estos últimos tiempos. Es la aparición de Eduardo Haro Tecglen, el Garzón del teatro, en el panorama del teatro de la demo-

cracia. Haro Tecglen es un oscuro periodista, muy descontento de sí mismo y de la sociedad española que lo maltrata durante cuarenta años, hundiendo todos sus sueños, y cuando digo todos es que no falta ninguno. Como a gran parte de la sociedad española. Paralelamente a su profesión de periodista, escribe teatro, bastante poco conocido, del que alguna obra es estrenada en el teatro que José Luis Alonso creó en su casa con nombre propio. Con Lorenzo López Sancho pasaba algo parecido. Ambos me maltrataron con saña, y con un odio que debieron guardar para mejor ocasión. Más acentuado en Haro, y como más lleno de envidia en López Sancho. Haro llega a dedicarme demasiadas columnas desde *La Hoja del Lunes* de Madrid. Había en el aire de la vida española una obsesión malsana por el «cambio», y digo malsana porque el cambio en España tenía orígenes patoló-

gicos. El franquismo ha sido la mayor desgracia que le ha podido caer a pueblo alguno, incluso superior al nazismo, pues al menos de las cenizas de nazismo nació el deseo de olvidarlo, pero de las cenizas avivadas del franquismo ha surgido lo que hoy podemos ver. Unamuno decía que había algo peor que un católico, y era un ateo católico. Algo de esto le sucedía a Haro Tecglen. Odiaba tanto el franquismo que solo pudo corregirse un poco con Fernando Fernán Gómez. Solo al final, tras el horror que producía entre las pobres gentes del teatro, hubo un movimiento de endiosarlo haciendo de su muerte un acto propio del terror que producía, según el teorema de Arquímedes (igual al peso del líquido que desaloja). Por ejemplo, el tratamiento que le dio a Alberto Miralles fue mortal. Dos cosas llevaron a Alberto a la tumba: la amistad fallida con Adolfo Marsillach y la persecu-

---

España es hoy  
intelectualmente una  
mierda, y yo al menos  
me he fajado con  
mis convicciones.  
He preferido vivir deudor  
y pobre que forrado  
con novelas infames de  
tiempos revueltos.

---

*Mirando al mar,*  
de Manuel Martínez Mediero.



ción de Haro Tecglen. Haro llegó a dedicarme un largo artículo, de casi una página de aquellas de *La Hoja del Lunes*, con un enorme título que rezaba: «Un autor que no cambia»... Llegó a decir que España cambiaría sin mí. Lo que ha sucedido con toda certeza, porque España es hoy intelectualmente una mierda, y yo al menos me he fajado con mis convicciones. He preferido vivir deudor y pobre que forrado con novelas infames de tiempos revueltos, etc.

Y todo lo anterior se fraguó en el seno del Teatro María Guerrero, cuando Marsillach fue director, y Haro Tecglen y Alberto Miralles compañeros de lecturas.

El tiempo me llevó a trabajar durante bastantes años las posibilidades europeas. Fue una gran experiencia. He tenido que escuchar todo tipo de sermones. Como el de un intermediario de Nueva York que me llegó casi a insultar por sacar en una obra a Hill Clynton... De todas estas experiencias, con una amplia documentación en mi poder, la de Portugal ha sido alucinante. Portugal vivió una vida paralela a España, con un dictador paralelo, y ambos muy distintos. Franco sale de una guerra, con los pies encharcados en sangre, y Oliveira Salazar llega al poder en Portugal cuando le piden casi de rodillas que dirija las finanzas

de la nación que está al costado de la península Ibérica y cuenta con una historia preciosa huyendo de por vida de España. (Todas las ciudades de Portugal están en lo alto de una montaña para ver llegar a los españoles). Salazar arregla las finanzas portuguesas y toma el poder. Una vez en el poder, como era la moda, le cogió gusto y se quedó cuarenta años. Su excepcionalidad fue que dirigió el país, acompañado de su ama de llaves. Una mujer del pueblo llamada María. Una policía rara y paleta le hace el trabajo sucio. Cuando mueren en sus camas, rodeados de un gran temor, Oliveira Salazar deja un recuerdo profundo en la mayoría del pueblo portugués (la gobernanta se encuentra con el problema de no tener dinero para pagar el entierro); al otro lado, el recuerdo de Franco se lo reparten las dos Españas: una lo sigue echando de menos hoy, y la otra, no. El teatro, ¡ah!, el teatro... En España hubo un teatro antifranquista, que fue destruido casi por completo, con la ayuda de una parte de ese mismo teatro que lo destruye desde dentro a conciencia conociéndolo, con la idea de Haro Tecglen del «autor que no quiere cambiar para hacerse “demócrata”»... Hasta que con el tiempo nace otro teatro raro y difícil de definir que va tirando con las subvenciones, con las amistades..., y parece que todos muy contentos... En Portugal el teatro no existe. No ha existido nunca fuera del Gil Vicente. Hoy se copia lo que se puede de Europa y se hace un teatro de desfiles de modelos. En el Nacional Doña María II, lo último es un Edipo Rey vestido de Dolce Gabanna... Un Edipo guapo vestido de Armani, cuya historia cae de puta madre, y un éxito indescriptible...

En España el presente lo acaparan dos jugadores de fútbol, que son medio alfabetos, pero que regatean y disparan mejor que los forajidos del Oeste americano. Son jugadores capaces de meter el balón por el redondel de una alianza. Pasó con Zarra, con Di Stefano, con Cruyff, etc. El teatro vive de la mendicidad. En el futuro será lo que ha sido siempre. Una lotería. Habrá algún agraciado, pero solo alguno... Los demás a mirar... Y somos centenares... Si todo es diferente, seré el primero en alegrarme de haberme equivocado. ■

*La loca carrera del arbitro,*  
de Manuel Martínez Mediero.

